“Una familia perfecta”

Lizbeth se levantó algo más temprano de lo común, había escuchado desde su habitación el llanto de su pequeña hija, Isabel.

Se dirigió hacia la habitación de ambos niños, el llanto era bastante fuerte, y le preocupaba. Al llegar encendió la luz de la habitación y vio a Isabel totalmente dormida.

Suspiro, apagó la luz y cerró la puerta de la habitación, para después dirigirse a su propia habitación encontrando a su esposo totalmente dormido.

¿No había escuchado los llantos de la niña?

Volvió a suspirar, estaba bastante agotada como para pensar en ese momento... se acercó a la cama dando pequeños bostezos, el sueño la mataba. Sé sentó en la cama, para acto seguido meterse entre la ropa de cama, lo más apartada de su “esposo”.

Aquel matrimonio no era más que un acuerdo con beneficios financieros, un matrimonio obligado por los padres de Lizbeth.

Isabel fue un resultado de la violación por parte de él hacia ella.

Un sábado por la noche, Aquel hombre salía del trabajo, Lizbeth de costumbre en su casa limpiándola. Camino hacia el baño, su cara le ardía, al llegar al baño, se puso frente al espejo, su ojo estaba rojo, su labio morado y algunos moretones se veían en su cuello maltratado.

Era una sirvienta para él, la casa tenía que estar limpia en cuanto él llegara de su trabajo. Siempre que llegaba su aroma olía a perfume de mujer, otras veces con besos marcados en zonas de cuello, brazos y mejillas.

“Esto es una injusticia.”, susurraba para ella misma mientras lágrimas salían de sus ojos hinchados y rojos. Se lavo la cara, y salió del bañó para seguir limpiando la casa. Pasaron algunas horas. Aquel hombre llegó, entro a pasos pesados.

Lizbeth lo recibió con una sonrisa fingida, él se acercó, puso un agarre fuerte en la cadera de Lizbeth y le arrojo contra la pared, sin quitar su cuerpo de encima, le dijo Lizbeth tratando de apartarlo, le producía asco tenerlo de esa forma, tan cerca de ella... no lo amaba, no lo quería.

Aquel hombre no respondió, comenzó a besarla a la fuerza, bajando sus besos hacia su cuello mientras obligaba a Lizbeth a desvestirse, aquella chica solo soltaba sollozos, quería vomitar.

“Detente por favor”, dijo Lizbeth llorando mientras lo golpeaba.

Él se apartó y le dio una cachetada, para volver a poner su peso encima de ella, Peso y altura, ambas cosas hacían desventaja para Lizbeth, le faltaba demasiada fuerza.

“Cállate de una maldita vez”, dijo aquel hombre, y la desvistió.

La agarró brusco y la llevo a la habitación mientras aquella niña de 18 combatía con evitar esa situación. Gritos se escuchaban por toda la casa, gritos desesperados en busca de un apoyo, alguna persona que evite este mal momento para aquella mujer, que aún era solo una niña...

Esos gritos fueron en vano, los vecinos escucharon e hicieron oídos sordos, Lizbeth se levantó, sus piernas estaban llenas de sangre.

Aquel hombre de 43 años no estaba con ella en aquella cama manchada totalmente, esa cama... le dio nauseas de la sangre que se veía, corrió a vomitar al baño.

El sol se estaba ocultando, falta en total de media hora para que su esposo llegara, como siempre tenía la casa ordenada, limpia y con olor radiante.

Todo parecía como de costumbre, perfecto, o quizás sea eso lo que nos quiere hacer creer.

Paso la media hora, él llega como de costumbre, al entrar a la casa deja su chaqueta en el perchero, y sus botas en la puerta.

Había un extraño olor a ajo, era algo fuerte, pero supuso que era gracias a lo que Lizbeth cocinaba.

Se intentó acercar a Lizbeth que estaba en la cocina dándole la espalda, se enfadó al no verla recibiéndolo con una sonrisa, se acercó a ella.

Lizbeth al notar eso dio la vuelta quedando ambos frente a frente, aunque ella con la mano encima del mueble, escondiendo su mano de la vista de él, Al verlo acercarse más, se pone tensa y saca su mano de la espalda.

Se lo acerca amenazándolo, haciendo que el retroceda asustado, Lizbeth se veía rara, tenía los ojos rojos, hinchados, se veía... extraña.

Estaba drogada, su ira la había hecho reaccionar con violencia, tantos años de injusticia la habían consumido, estaba totalmente incontrolable.

El corre agobiado por toda la casa. Ingresa a la habitación de los niños y los encuentra muertos. Al ver a sus hijos muertos, empieza a llorar. Sin embargo, el monstruo que en algún momento fue su esposa empieza a reír, diciendo que todo esto es su culpa por el daño ya echo.

Comenzó apuñalarlo hasta finalmente acabar con él.

**MM**

Matías Carrasco